



PROYECTO NIXE III

2010 – 2015

RESUMEN DE PRENSA

BIOGRAFIA RESUMIDA DEL ARCHIDUQUE

- 1) El Archiduque
- 2) Las obras del Archiduque
- 3) Anécdotas del Archiduque

Palma de Mallorca, 2 de abril de 2011

1) El Archiduque

Naturalista, viajero, autor, artista, amante incondicional de Mallorca y un archiduque de los más raros: Lu3s Salvador de Habsburgo-Lorena, primeras impresiones

“Yo deb3 ser el Archiduque aqu3l que era due3o de media costa y le ven3a a visitar la Emperatriz Sisi en su yate.” Con estas palabras el Rey de Espa3a, Don Juan Carlos I, declar3 en una entrevista su admiraci3n por la belleza de Mallorca. Para 3l, que cada a3o pasa las vacaciones con su familia en el palacio de Marivent, cerca de Palma de Mallorca, la estancia significa relajaci3n y alejamiento de representaciones y obligaciones. Aun as3, son raros los momentos en los cuales puede escaparse del protocolo y de la etiqueta, y sentirse como un ciudadano normal. Su pariente lejano, el Archiduque Lu3s Salvador (1847-1915), se ri3 durante toda su vida del protocolo.

En 1867 pis3 la isla por primera vez y en 1915 la dej3 para esperar el final de la Primera Guerra Mundial en su castillo de Brandeis, al noreste de Bohemia, cerca de Praga. Nunca volvi3 al que hab3a elegido como su domicilio, y es que en los muchos a3os que pas3 en Mallorca la isla se hab3a convertido en su verdadero hogar.

Nacido en Florencia, muerto en Brandeis – entre estos eventos transcurren casi 45 a3os bajo el sol del sur, a3os felices, satisfechos y realizados de un hombre que sab3a vivir, para quien su alta posici3n no representaba ni un peso ni un pretexto a la inactividad. Aprovechando sus posibilidades, se volvi3 un destacado estudiante de las bellezas mediterr3neas, siempre sintiendo una misma urgencia de mirar, viajar, escribir, aprender y conservar. En el Museo de Son Marroig, en Miramar y en el Museo Municipal de la Cartuja de Valldemossa se exhiben m3s de setenta libros escritos por 3l.

Su car3cter particular y su apariencia poco ducal no encontraron mucha comprensi3n entre sus parientes de la corte imperial de Viena. Este arist3crata, que cre3 la mejor y m3s extensa obra cient3fica jam3s escrita sobre las Islas Baleares, era un sabio y un “tipo raro”. Pose3a un yate para cruzar el Mediterr3neo, pero llevaba trajes gastados, en tren viajaba en tercera clase, llevaba los pu3os de las camisas atadas con cuerda y arrastraba una maleta antediluviana, mientras que su sirviente viajaba en primera clase y sin equipaje.

La corte de Viena ten3a que tolerar a rega3adientes a un inconformista m3s, y en el mejor de los casos se le admiraba por sus actividades cient3ficas y quiz3 se le ten3a una envidia secreta por su romance con el Mediterr3neo, las Islas Baleares y su gente, por quien sent3a un cari3o particular.

Su verdadera personalidad se escond3a como un cangrejo en una concha. Incluso en Mallorca, d3nde se sent3a mucha amistad por 3l, era incomprendido y burlado. Alrededor suyo hay muchas an3cdotas, aut3nticas o inventadas. Una t3pica es la siguiente: cuando un terrateniente invit3 al Archiduque para dar m3s esplendor a una fiesta familiar, el Archiduque, respondiendo a la solicitud expresa del anfitri3n, apareci3 por una vez con un traje elegante. Se dej3 guiar hacia el sitio de honor en el banquete,

pero en vez de comerse la sopa, que se servía de entrada, se la echó en los bolsillos exteriores de su chaqueta. Luego se levantó y se despidió diciendo: “Ustedes no me invitaron a mí, sino a mi traje. Y mi traje ya ha comido.”

En su casa de Miramar, en la romántica costa del norte e la isla, el Archiduque solía juntar a un grupo de gente de lo más diversa alrededor suyo: artistas, pintores y poetas, eruditos de diversas nacionalidades, e incluso gente que se había traído de sus múltiples viajes, como si de un coleccionista se tratara. Allí los contrastes chocaban con todas sus fuerzas: por un lado Mallorca con su tradición y moral clásica, por el otro lado el “condado” privado de Luís Salvador, dónde no existían diferencias de clases, donde la gente vivía una vida dedicada a la belleza de la naturaleza, del arte y del amor. La pasión del Archiduque por las plantas y los animales se volvía extravagante. En sus propiedades los caballos y los perros se morían de viejos y los árboles enfermos se cuidaban en vez de ser cortados. Fue mérito suyo salvar en encanto de la zona paradisíaca entre Valldemossa y Deiá, y esto hasta nuestros días.

Una estatua de alabastro de la virgen María que se conserva en la finca de Miramar recuerda a una visitante muy especial: la Emperatriz Elisabeth de Austria, una mujer de carácter difícil y estilo de vida poco convencional. Dentro del círculo de una familia imperial congelada en sus tradiciones y ceremonias, ella era de los pocos que comprendían al Archiduque y fue la única de la familia vienesa de Luís Salvador que le visitó en su hogar de elección en el soleado sur.

El deseo del Archiduque austriaco de terminar su vida en Mallorca y ser enterrado en la isla no se cumplió. En la muerte le alcanzó el ceremonial de la corte. No descansa debajo de los olivos, sino encarcelado en el sepulcro de los Capuchinos en Viena, a pocos metros de la tumba de su alma más próxima – la Emperatriz Sisi.

Su recuerdo sigue vivo. Pero no en Viena, sino en Mallorca.

2) Las obras del Archiduque

“La mejor escuela sería leer en el gran libro de la naturaleza, siempre abierto y ante el cual tantos pasan de largo, sin pensar cuanto podrían extraer de ella en conocimientos y placer. Con tenacidad se dedican a leer malos libros impresos a la luz vacilante de la lámpara, con daño de su vista, o recorren las escaleras de los museos para contemplar aquello que se halla en la naturaleza viviente y activo, y ante la cual pasaron de largo.”

Cuando el Archiduque escribe estas palabras en 1912 (Sommerträumereien am Meeresufer/Somnis d'estiu ran de mar) ya había llegado casi al final de su laboriosa vida, en que publicó más de setenta libros, todos ellos – con contadas excepciones – de forma anónima. Unos pocos señalan, por ejemplo, con una “L” al autor, algunos, publicados por Leo Woerl, nombran al Archiduque Luís Salvador como autor. Cabría la posibilidad que existieran aún otros trabajos que no han podido ser catalogados hasta la fecha.

Los libros non estaban pensados para un amplio círculo de lectores, ni para su venta, sino que se repartían como obsequios a amigos, interesados, instituciones, bibliotecas, colaboradores, etc. De cada libro se hacía una tirada de 600 hasta 800 ejemplares, de las monografías grandes en cambio solo 100 y todos fueron regalados. Hoy es muy difícil reconstruir quienes eran los destinatarios y por que razones recibían este o aquel libro aunque existen algunas listas de envío y facturas de las editoriales.

Leo Woerl, el editor de Leipzig, que se dedicaba sobre todo a guías y la literatura de viajes, fue el único que consiguió que el Archiduque publicara algunas obras en su editorial, obras que después llegarían a la venta en las librerías. De esta manera apareció en la editorial de Woerl una “edición popular” reducida, en dos tomos, de “Die Balearen”; también editó Leo Woerl la primera biografía sobre el Archiduque en lengua alemana (Leo Woerl: Erzherzog Ludwig Salvador aus dem österreichischen Kaiserhause als Forscher des Mittelmeeres, Leipzig 1899). También se publicó algo en F.A.Brockhaus de Leipzig, pero la mayor parte de sus obras fueron editadas por Heinrich Mercy, más tarde: Heinrich Mercy Sohn, de Praga.

Los libros son hoy tesoros muy buscados por un enjambre cada vez más numerosa de coleccionistas, y la mayoría disponía de una lujosa presentación: “Mucho antes de que el noble deporte e la bibliofilia contara de nuevo con una pléyade de adeptos, este príncipe supo proveer a sus libros de una presentación tipográfica con dibujos y magnífica encuadernación, que sólo el más refinado gusto hubiera podido imaginar. No era el placer del lujo y de la decoración recargada que se regodea en dorados y sedas lo que movía a ello, sino la discreción de la sensibilidad de un hombre de cultura, que se sabe poseedor de ella aun sin necesidad de alardes.”

Estas lujosas ediciones de las obras del Archiduque se distinguen por sus tapas en tela con grabados en oro, litografías de innumerables dibujos del autor impresas a todo color, mapas y planos reproducidos sobre tela y papel noble. En un tiempo donde priman las ediciones de bolsillo y económicas, es un testimonio de cómo ha caído en el olvido el saber hacer de los impresores.

Por regla general las ilustraciones se tomaban de los bocetos del Archiduque y eran grabados por xilógrafos y litógrafos de Praga: “El talento pictórico del Archiduque es muy remarcable; maneja el lápiz con elegancia y gracilidad, con firmeza y decisión, como sólo artistas verdaderamente dotados saben hacer. Su apreciación es concisa, increíblemente certera, su mirada detallista y sensible, su exposición firme por igual en paisajes o arquitecturas. Le gusta dotar a los objetos de perfiles precisos, a fin de que los trazos subrayan su fuerza y su sentido, como sucede en los dibujos a pluma. Estas interesantes hojas han sido grabadas en madera exclusivamente para las ilustraciones, reproduciendo con toda fidelidad los trazos de la mano del ínclito escritor artista.”

No puede decirse que el Archiduque Luís Salvador fuera un buen artista en el campo de la pintura, pero fue, sin duda, muy buen dibujante, dominando perspectivas y proporciones. En realidad, los dibujos no eran pensados como obra de arte por sí mismos, sino simplemente para ilustrar lo escrito – y esto es el propósito que cumplieron: “Las reproducciones son fotografías de los dibujos originales del autor, tal como se dibujaron en situ, entre el barullo de la gente. Ningún trazo fue después modificado en casa, así podrán acompañar justamente el texto que ha sido igualmente reproducido sin embellecimiento alguno.”

El autor dominó por igual la pluma y el lápiz. Consiguió, sobre todo, una justa valoración de la penetrante luz meridional y reprodujo su atmósfera y sus contrastes.

Casi todos los libros aparecieron primeramente en alemán; muy pocos tuvieron después traducciones al inglés, francés, español, griego, checo, etc. Al principio de su actividad literaria aparecieron dibujos y descripciones de viajes, en los que el Archiduque pretendía reproducir con palabras entusiásticas lo que había contemplado y vivido. La mayor parte de los trabajos, sin embargo, está formado por monografías de gran formato y lujo en la presentación, trabajadas sistemáticamente en base a la “*Tabulae Ludovicianae*” y usando fuentes locales y documentos originales. Muchas de ellas están dedicadas a UN lugar o UNA isla y aportan desde el conocimiento enciclopédico con información sobre situación, historia, clima, etc. hasta las costumbres y refranes. Al mismo tiempo redactó el Archiduque algunos escritos de carácter poético, casi filosófico, como “*Lieder der Bäume*”, “*Einiges über Welt-Ausstellungen*”, “*Sommerträumereien am Meeresufer*” etc. En ellas priman la reflexión y el recuerdo. Resta, por fin, difícil de clasificar, el “*Schiffbruch oder ein Sommernachtstraum*”, escrito a raíz del hundimiento del yate “*Nixe*”.

A petición de varios redactores, el Archiduque publicó también algunos artículos en revistas como “*Adria*”, “*Österreichisches Illustriertes Familienblatt*”, etc. Fueron, sin duda, muchos más de los que conocemos hasta ahora.

Un interesante ejemplo de su actividad “periodística” es el artículo “*Warum die Nordseite der Mittelmeerinseln die mildere ist*”, apareció en 1908 en MÖGG 51. En él intenta explicar, en base a ejemplos concretos, por qué la costa norte de las islas mayores del Mediterráneo es más suave de que se cree generalmente. En un caso como éste, cabe preguntarse hasta qué punto seguía el Archiduque las reglas que durante el siglo XIX hicieron de la geografía una ciencia autónoma (p.e. en la obra de Alexander von Humboldt), o si conocía los trabajos de Ritter, Pestalozzi, Ratzel o von Hann. La pregunta debe quedar abierta, pues desconocemos hasta ahora el exacto contenido de sus estudios en Praga.

Lo cierto es que Luís Salvador no escribió nunca sobre un país que no hubiera visitado personalmente. Sus trabajos eran siempre el resultado de viajes en los que había tomado contacto directo con el lugar que describía; lo había recorrido, había conversado con los habitantes y se los había ganado como colaboradores. A tal fin solía repartir sus “Tabulae Ludovicianae” a sacerdotes, alcaldes, ingenieros, médicos, maestros, profesores, farmacéuticos, botánicos, zoólogos, etc. rogándoles que rellenaran lo más preciso posible las páginas del cuestionario.

Desconocemos quien confeccionó este formulario que en su edición de 1869 ocupaba 100 páginas, redactadas en alemán, francés e italiano. Hay que suponer que se contó, por lo menos, con la ayuda de sus profesores de Praga o de Viena, pues la ordenación y la precisión de las preguntas relevan la mano de un “especialista”, que a buen seguro no era por aquellas fechas, muy joven aún, el Archiduque.

Las “Tabulae” tenían el objetivo de recoger la mayor cantidad posible de información exacta sobre un tema concreto, y servir de base al trabajo definitivo. El Archiduque usaba las tablas incluso para sus notas personales. Nos encontramos, sin duda, ante un autor trabajador, de proceder metódico, hombre de pensamiento sistemático, que se levantaba muy temprano y para quien su actividad literaria primaba sobre todo lo demás.

No tiene otra explicación el gran número de obras que llegó a publicar. Sabía escoger sus colaboradores y contagiarles el mismo entusiasmo en la tarea que él poseía. Más allá de todas las colaboraciones – que usó en todo y para todo -, él era la cabeza de la “empresa”.

Los colaboradores recibían, en muestra de agradecimiento, un ejemplar del libro, en cuyo prólogo o epílogo se les mencionaba. Determinar la identidad de estos ayudantes, precisaría de un trabajo específico. Hasta la fecha se ha hecho sólo en el caso del menorquín Francisco Cardona y Orfila (* 19.11.1833 Mahón, + 17.1.1892 Mahón), quien colaboró con el Archiduque desde 1867 hasta su muerte en 1892, participando, entre otros, en los dos tomos sobre su isla Menorca.

3) Anécdotas de la vida de un Archiduque poco corriente

“El traje hace al señor”

En cierta ocasión se encontraban el Archiduque Luís Salvador y su amigo el pintor vienés Edwin Hubert viajando en tren, conversando entre sí en italiano. En el mismo compartimiento viajaban dos jóvenes oficiales austríacos que se mofaban del atuendo de su compañero de viaje – el descuido del Archiduque en el vestir es conocido de sobras -, calificándole como propio de un porquerizo.

Al llegar a la frontera quedó al descubierto la identidad del “porquerizo”. Dándose cuenta de lo que podía suponer para ellos el haberse burlado de un alto miembro de la Casa Imperial, los dos jóvenes cayeron de rodillas ante el Archiduque y con palabras balbucientes le presentaron sus excusas. El Archiduque se limitó a recomendarles que nunca juzgaran a una persona por su vestido y, riéndose, abandonó el tren, dejando perplejos a los dos oficiales que ya temían por el futuro de su carrera militar.

En este mismo sentido, su comportamiento informal, su manera de vestir, que no le diferenciaba del resto de los mallorquines, fueron motivo de otros incidentes que divertían al Archiduque:

“El primer dinero que me gané”

Cerca de Son Marroig, en Mallorca, el carro de un payes se había quedado encallado en el fango. El Archiduque ayudó al pobre hombre a sacar del cieno el caballo y el carro, siendo recompensado con una propina para que pudiera tomarse un vaso de vino. Se dice que el Archiduque conservaba esta moneda en Miramar y solía enseñarla a sus visitantes, lleno de orgullo, diciendo: “Este es mi primer dinero que gané en mi via!”

De manera parecida, Luís Salvador, estando en Los Angeles, tuvo ocasión de ganarse algún dinero:

“3 ½ dólares al día”

El mismo Archiduque lo cuenta así: “Una mañana, mientras nos hallábamos en la Quinta Avenida contemplando la casa de un hombre muy rico, una casa dispuesta hasta el último detalle, construida en estilo gótico tardío y renacimiento, en muchas de cuyas columnas y bajorrelieves se había imitado el palacio de los dogos, se acercó un hombre y nos ofreció 3 ½ dólares al día, si queríamos trabajar como picapedreros.”

Si una vez se le había tomado como porquerizo y otra por un picapedrero en busca de trabajo, en otra ocasión se le tomó por cocinero. El episodio se relata en éstos términos:

“El gordo es el cocinero”

A atravesar Ragusa, como tantas otras veces, el Archiduque se había sentado en el pescante junto al cochero, mientras Antonio Vives y sus hijos, todos vestidos de blanco, habían tomado asiento en el interior. El coche despertaba la curiosidad de los viandantes y uno creyó identificar al príncipe en Antonio Vives, pensando que el Archiduque sería el cocinero. Al preguntarle por sus razones, respondió: “¡El que va en el pescante es el más gordo y su traje está cubierto de manchas!”

Un episodio semejante habría tenido lugar en Ragusa mismo, la actual Dubrovnik, a causa del incógnito en que solía viajar el Archiduque. La anécdota fue reproducida en diversos periódicos:

“Todos somos iguales”

En Ragusa se observaron cada día, durante una semana, dos marineros con cestos llenos de vituallas que tomaban el camino hacia Gravosa. Iba con ellos un señor de unos cincuenta años. En el arrabal de Pile tomaban un coche. Los marineros se sentaban dentro del coche, mientras el señor tomaba asiento junto al cochero, y emprendían el camino de Gravosa.

El señor que bajaba cada día a Gravosa a hacer las compras, no era otro que el Archiduque Luís Salvador. Había llegado con su yate “Nixe” y permanecía ahí en el anonimato más estricto. Al Príncipe le gustaban estas salidas, en las que sin tener que prestar consideración a su alto rango, podía moverse con toda libertad. El capitán del puerto de Gravosa tuvo conocimiento de que se decía que en Gravosa había llegado un miembro de la Casa Imperial y se dirigió al yate para ponerse al servicio del Archiduque. En el barco encontró a aquel mismo hombre que cada día iba a comprar con los marineros, vestido igual que los demás.

“¿Dónde puedo encontrar al capitán?”, preguntó el capitán del puerto.

“Soy yo mismo”.

“He oído que se encuentra a bordo una gran personalidad”.

“Se trata de un error, aquí todos somos iguales”, fue la respuesta lacónica con la que el capitán-archiduque cortó la conversación y dejó bien claro que quería mantener el incógnito.

Ciertamente, en su aspecto exterior Luís Salvador no se parecía en nada a un archiduque, por lo menos a la imagen que se tenía de un príncipe:

“En cierta ocasión uno de los sirvientes viajó a Barcelona y se hospedó en una pequeña fonda; al regresar por la noche, el hospedero le avisó que uno de sus marineros le había estado buscando y, al no encontrarle, le había dejado una tarjeta. Estaba escrito: ‘Neudorf le estuvo buscando’ ”.

“Desde ahora Corfú me gustará menos”

La Emperatriz Isabel de Austria visitó al Archiduque en su patria de adopción. En su primera visita – su yate estaba fondeado junto al de Luís Salvador en la rada de la Foradada – su anfitrión le iba mostrando lleno de entusiasmo la belleza del paisaje mallorquín. Extasiado por su admiración y amor a su ‘paraíso’ el Archiduque le enseñaba a la Emperatriz S’Estaca, Miramar, Sóller... impaciente por la reacción de la fría y reservada Sisi.

El último día, el Archiduque, el señor Herreros y numerosos miembros de la ‘corte de Miramar’ acompañaron al ilustre huésped hasta su yate. (Aún a principio del siglo XX los viejos pescadores llamaban al lugar ‘embarcadero de la Emperatriz’.) Cuentan que al despedirse la Emperatriz dijo: ‘Desde ahora Corfú me gustará menos’.

En una sola frase había resumido la Emperatriz de Austria toda su admiración por la isla de Mallorca, una única frase que su anfitrión repetía fuera de sí de alegría: ‘¿Habéis oído lo que ha dicho la Emperatriz? - ¡desde ahora Corfú le gustará menos!’